

Gonzalo Rojas

Luis Durand (1)

Los grandes escritores, intérpretes del hombre y de los hombres, no pueden morir. Por eso su memoria no se compadece con las veladas necrológicas. Por eso esta hermosa reunión alrededor de la invisible presencia de uno de los más altos escritores nacionales de este siglo, nada tiene que ver con la tiniebla funeraria.

Luis Durand está con nosotros esta tarde.

Yo vengo desde la Universidad de Concepción, en misión que me honra, a saludar a uno de sus colaboradores más valiosos en la última década. La Universidad que represento aquí, supo descubrir en él al espíritu chileno genuino, capaz de animar con su luz y su honradez la difícil empresa de la divulgación literaria cuando lo nombró Director en Santiago de la Revista "Atenea" que, como sabemos, ha llevado el pensamiento de Chile hacia todos los confines, desde 1924, en forma continua, contribuyendo así a jerarquizar en buena medida nuestra tradición cultural en marcha.

(1) Discurso pronunciado a nombre de la Universidad de Concepción en el homenaje que a Luis Durand rindió la Sociedad de Escritores de Chile, el Sindicato de Escritores, el Pen Club, el Instituto Chileno-Arabe de Cultura y el Instituto Chileno-Chino de Cultura, en la Universidad de Chile.

Luis Durand pagó con creces esta prueba de confianza en su talento y en su criterio, pues veló constantemente por la dignidad y el prestigio de la revista universitaria de Concepción y consiguió reunir a la familia de los escritores chilenos, en aquellos excelentes números extraordinarios, en torno a algunos temas y problemas específicos.

Hace sólo una semana el jurado que designó la Comisión Directiva de "Atenea" se reunió en nuestra ciudad para abrir un gran concurso sobre su obra literaria, cuyas bases se han empezado a publicar y se seguirán publicando en todos los periódicos del país. En ese certamen nacional, que se cierra el 1.º de septiembre de 1955, competirán, sin duda, ensayos críticos de primer orden sobre el narrador. Allí se analizará su tarea literaria a la luz de la psicología y de la sociología: se intentará descifrar la relación entre su ficción narrativa, su obra concreta, y la vida que él mismo viviera. Cuando se determine con precisión este clima material y moral, natural y social, en que se mueven sus personajes; cuando se observen éstos con nitidez y se verifiquen los elementos de la estructura en sus obras, vamos a tener claro el mundo de este gran chileno. Ese estudio profundo y equilibrado de la relación entre Luis Durand y su obra, conseguirá iluminarnos ciertamente sobre su método narrativo para llegar así a conocer cabalmente su actitud ante la realidad y la vida.

Cosa terrible: el artista, el creador, más que el común de los mortales, es, por excelencia, hijo de sus obras. Sólo cuando ha terminado su faena, empieza a ser con entera plenitud. Por otra parte, mientras no se analice a fondo la transformación de sus materiales en lenguaje, por medio de estudios literarios en los que se integren sensibilidad y erudición, seguiremos registrando nuestras vibraciones impresionistas ante las obras de este autor, pero no conseguiremos situarlo donde le corresponde.

En este caso, dejo a los investigadores la tarea de ahondar en la naturaleza, en la función y en la valoración de sus escritos, y

me atengo a la realidad de este homenaje, en el que un grupo de escritores representativos de importantes sociedades literarias y culturales, irá diciendo algo de lo que cada uno de ellos vió en el autor de *Frontera*.

Me limitaré sólo a algunas observaciones.

Empecé a leerlo en el liceo, hacia 1935. Diez años después me fué dado conocerlo personalmente en Valparaíso, y pasear con él por los rincones y las calles del puerto. Inmediatamente me cautivó esa profunda identidad entre el hombre y la obra, esa actitud suya tan vital, tan libre de la postura esteticista, hija de la vanidad, verdadera peste literaria. Todo en él fué genuino siempre, e intenso: lo instintivo y lo sentimental en su mayor concentración y pureza, tanto en sus relatos como en sus acciones. Innumerables anécdotas ilustran las múltiples condiciones de su temperamento, entre las que resplandecía la libertad y la ternura del niño, la vivacidad atormentada del adolescente y el equilibrio admirable del hombre maduro, que sabe limitarse, y se engrandece en la lucha cotidiana.

Pero entremos rápidamente en el escritor. ¿Qué significado tiene que haya publicado su primer libro a los 34 años, en 1929, libro maestro donde aparece ese cuento extraordinario que es "La Picada"? ¿Qué significado tiene que haya elegido, entre las otras funciones literarias, el cuento? ¿Es verdad que el artista grande, con la edad de la razón empieza a interesarse más por el hombre colectivo, lanzado a la dinámica de la acción, que por el hombre aislado, sentimental? ¿Por qué vino a elegir Luis Durand, como tipo de expresión literaria, la narración de los sentimientos colectivos, a través del cuento y la novela? ¿Porque su temperamento se lo impuso así, o porque lo que tenía que decir sólo pudo expresarlo por medio de la ficción narrativa? La pregunta es válida para cualquier escritor. ¿Por qué se escoge una línea expresiva y no otra? Al formular estas preguntas quedan planteadas varias cosas frente a la obra, que pueden objetivarse con los nombres de estímulos,

influencias en la formación literaria, originalidad, y relaciones entre la vida y la obra, en fin.

El insigne crítico mexicano Alfonso Reyes ha dicho que el estímulo es una verdadera semilla que estalla en el terreno temperamental del escritor, que puede ser más sensible a éstos o a los otros gérmenes. De suerte que el terreno parece dotado de cierto magnetismo atractivo para determinadas semillas. El estímulo puede partir de la naturaleza, del arte o de las relaciones sociales. ¿Qué movió a Luis Durand a escribir sus primeros cuentos? Sin duda la experiencia cotidiana de su niñez, de su mocedad y de su juventud: esa visión en la que contrastaba tan fuertemente una naturaleza preciosa, llena de encanto y poderío con la condición de desamparo que él conoció directamente. Sabemos que su infancia fué dura como la de tantos hombres excepcionales. De ella salen las raíces que alimentan al árbol humano; de ella nace la mirada profunda, original. ¿Recuerdan ustedes las páginas iniciales de "Casa de mi infancia" y las primeras de "Gente de mi tiempo"? Ahí está la casa, la niñez, lo materno en su hondura y en su gracia. Todavía se conserva en Traiguén esa casa de un piso, de adobe, recubierta de tablas, donde naciera Durand el 12 de julio de 1895. ¡Su casa, su Traiguén adorado, donde todo el mundo es amigo suyo, donde todos lo conocen hasta en sus menores detalles y donde duerme ahora, por su propio deseo! ¡Sus campos de Quechereguas y de Lumaco, con sus paisajes y sus problemas! Ellos fueron sus primeros estímulos telúricos y sociales, en la incesante contradicción entre lo idílico de la naturaleza y lo sombrío de la realidad humana y familiar. Allí despertó este chileno extraordinario; allí despertó esta vocación de narrador nato: en la aventura vital, en la observación de los matices humanos y terrestres, en el dolor y en la alegría, en la libertad primitiva de los campos de Chile. Llegó a conocer milimétricamente esos rincones, día a día, bajo la lluvia o bajo el sol, a palpar esas lomas y a oler esos bosques de la

Frontera, que más tarde le darían esa plasticidad y esa sencillez magistrales en sus descripciones del campo chileno.

Después de una corta ausencia de este ambiente, pues estudia hasta tercer año de humanidades en Santiago, en el Instituto Nacional, regresa a sus cielos del sur y permanece bajo ellos hasta los treinta años, sirviendo como tenedor de libros y administrador de fundos. Nos lo imaginamos a los 20 años, con su vitalidad desbordante, cuidando, por situación imperativa, los bienes de los adinerados, pero defensor de los campesinos pobres y amigo de los indios, saliendo al alba a los trabajos agrícolas, hombre de a caballo, en fin, bondadoso como lo conocimos, pero recio y decidido, todo instinto y sentimiento, todo pasión; trabajador intenso, pero con tiempo para el ocio y para los amores. Me han contado que en esos años de administrador, ya escribía sobre las cosas que miraba en torno. Por las noches, solía reunir a los trabajadores y narrarles algunos de esos relatos que empezaba a construir. A veces no tenía papel para estos primeros ensayos. Bajo la candela, leía largas horas, pero su verdadero gran libro era el campo abierto, con sus huasos, sus amoríos, sus borracheras y sus violencias. Se acostumbró a usar los dichos y los refranes de los campesinos y a ir, como ellos, directamente a las cosas, sin farsa, con su misma inocencia natural y su lozana picardía. Ver llorar a los indios en la plaza de Traiguén porque les habían robado las tierras era algo mucho más importante para él que los libros sobre altas especulaciones. Puede decirse, en suma, frente a este problema de los estímulos esenciales, que su visión de hombre primitivo lo predetermina al relato de las cosas que ve y que siente, pues intuye, como buen sudamericano, que el fenómeno literario más que proceso espiritual es instrumento de construcción, en nuestros pueblos. Puede decirse que todo esto nace de esas experiencias vitales suyas, de niño pobre y triste, profundamente sensitivo; de mozo fuerte, enamorado de una libertad y de una justicia un tanto anárquicas, ideales forjados

en la admiración por el aventurero agresivo y sentimental de la Frontera y en la piedad por la desdicha del indio.

¿Cuál fué su formación literaria? Amigo de la acción y las acciones en la vida, amó siempre los libros heroicos y ardientes, las novelas, las crónicas, las vidas de las gentes. Redescubrir la tierra y los hombres, fué su pasión entrañable. Por eso no es raro que le gustaran los libros que describen la multiplicidad de la vida vegetal, los estudios sobre los árboles, las plantas, las maderas; las investigaciones sobre los pájaros, sobre los animales hermosos. No tuvo eso que se llama una formación clásica rigurosa. ¿Cómo hubiera podido, en el ámbito que le tocó vivir? Pero leyó, leyó incansablemente cuanto caía en sus manos, al modo de Cervantes. No tuvo formación filosófica ni religiosa. Fué desde la partida un hombre libre, un hombre elemental, tierno, profundo. No es raro que su producción, como la de tantos novelistas hispanoamericanos, no presente apasionantes complejidades psicológicas ni perfile carecteres ni se meta con problemas metafísicos. Pero, en cambio, la vivacidad épica con que describe el medio físico y el medio social es algo incomparable. ¿Quién no sabe, por otra parte, que la genuina novelística sudamericana está transida, sellada por estas dos determinantes ineludibles: la telúrico y la protesta social?

Leía con fruición el Romancero, los Cronistas de Chile, Las Tradiciones, de Palma; las Historias, de Vicuña Mackenna, de Barros Arana. Leyó últimamente todos los volúmenes de la de don Francisco A. Encina. En sus mocedades había estudiado bien a Maupassant, a Daudet, a Zola, a Baroja, a Gogol, a Chejov, a Tolstoi; a Dostoiewski, muy escasamente. Le interesaba a fondo la gran novela norteamericana; el naturalismo brasileño; la novela mexicana y la ecuatoriana. Leyó y releyó "La Vorágine", "Doña Bárbara", "Don Segundo Sombra". Fué amigo de H. Quiroga y se escribió largo con él. Siempre estudió con esmero la literatura chilena, en especial la línea que el mismo cultivaba: la del descubrimiento de la tierra y de los hombres de su tierra. No despreciaba

a ningún escritor; antes por el contrario, fué amigo de casi todos ellos. Alentaba a los jóvenes. Entendía que nuestra literatura iba transformándose, en un proceso natural. Por eso rechazaba lo inauténtico. Es importante su profunda comprensión de la poesía, especialmente de la Mistral, de Neruda. Su condición de autodidacto no lo libró de las limitaciones de los autodidactos, pero lo importante es que fué plenamente consciente de esas limitaciones. Creía en el poder de la realidad inmediata y de la vibración también inmediata. Rechazaba el perfeccionismo y la estilización, pues su temperamento artístico era el de un primitivo que le concedía importancia máxima a la intuición. Estimaba que todo lo podía con su vigor natural y su intensidad. Sin duda hubiera podido ganar grandemente de haber trabajado mejor la técnica del relato. Pero los que se detengan en sus desmesuras y en sus excesos, en sus descuidos formales, están equivocados, pues Durand, como casi todos los genuinos autores chilenos arrastran mucha arenilla, pero es un río profundo y auténtico.

Señoras y señores:

Convinimos más arriba en que cualquier formulación valoradora del trabajo de nuestro autor, debe ser probada por el análisis y la investigación; pero ello será tarea de los especialistas que conseguirán iluminar una de las etapas más extraordinarias de nuestras letras cuando lleguen a las determinaciones centrales del criollismo y examinen el ciclo de Mariano Latorre y Luis Durand.

Yo sólo he querido destacar al hombre en relación con su noble tarea; al niño de Traiguén, al joven administrador de fundos ajenos; al empleado de Correos que llega a Santiago en 1920 a trabajar detrás de un mesón; al hombre entero, al chileno cabalísimo que no quiso moverse nunca de su país, porque no pudo hacerlo, no tanto por razones económicas sino más bien por algo orgánico que le impedía respirar lejos de su pueblo. Fué invitado para ir a Venezuela y a España, pero no terminó de aceptar. Por lo demás, le habría gustado viajar con su dinero, sin compromisos

de ninguna especie. Sólo he querido rendir un homenaje a este hombre de una pieza como sus protagonistas, sin complicaciones, a este gran hijo de nuestro pueblo que vivió desde la infancia bajo la eterna angustia económica, a este trabajador de nuestras letras que leía y escribía hasta la madrugada, que en los días de mayor vivacidad creadora era capaz de escribir siete y ocho horas seguidas; a este constructor de nuestro Chile que superó como pocos la etapa de la imitación europea y contribuyó decididamente a nuestra independencia cultural mostrando lo que somos, cómo lo somos y por qué lo somos, con plena responsabilidad de la misión social e histórica del escritor.